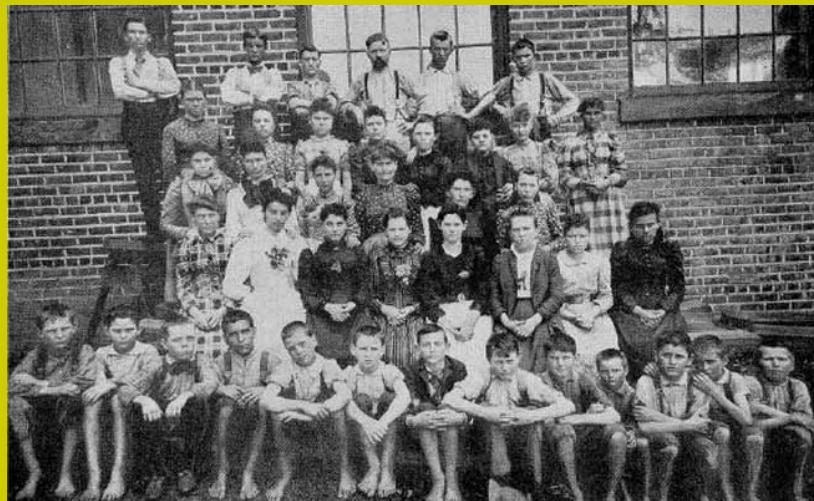


El experimento *Monster*



de Wendell Johnson y Mary Tudor

1939

Traducción: seryactuar.org

El experimento Monster



Wendell Johnson



Mary Tudor¹

El **Estudio Monstruo** fue un experimento de tartamudeo realizado con 22 niños huérfanos en Davenport, Iowa en **1939**. Fue dirigido por **Wendell Johnson**, en la Universidad de Iowa, y **Mary Tudor** fue la encargada de llevarlo a cabo bajo la supervisión de Johnson. La mitad de los niños recibieron terapia *positiva* del habla, alabando la fluidez de su habla, y la otra mitad, terapia *negativa* del habla, menospreciando a los niños por las imperfecciones con que hablaban. Muchos de los niños huérfanos con un habla normal, que en el experimento recibieron terapia negativa, sufrieron efectos psicológicos negativos y algunos conservaron los problemas del habla durante el resto de sus vidas.

Fue apodado el "Estudio Monstruo" ya que algunos de los compañeros de Johnson se quedaron horrorizados de que experimentara con niños huérfanos para demostrar una hipótesis. El experimento se mantuvo oculto por temor a que la reputación de Johnson se vierá empañada, a tenor de los experimentos humanos que los nazis realizaron durante la Segunda Guerra Mundial. Debido a que los resultados del estudio nunca se publicaron en ninguna revista revisada por pares, la disertación de Tudor es el único registro oficial de los detalles del experimento.

En 2001 la Universidad de Iowa pidió disculpas públicamente por el Estudio Monstruo. Sin embargo, Patricia Zebrowski, ayudante en la cátedra de patología del habla de la Universidad de Iowa observa que los datos que se recogieron a partir de aquel experimento es la "*mayor recopilación de información científica*" que existe sobre el fenómeno del tartamudeo, y que el trabajo de Johnson fue el primero en debatir la importancia de los pensamientos, actitudes, creencias y sentimientos de los tartamudos, y sigue en gran medida influyendo en las opiniones sobre el tartamudeo.

El estudio

La investigación comenzó con la selección de veintidós sujetos de un orfanato de veteranos en Iowa. A ninguno de ellos se le informó de la intención de la investigación, y creyeron que iban a recibir terapia del habla. Tudor intentaba inducir la tartamudez en niños sanos, y ver si el hecho de decirles a los tartamudos que su habla estaba *bien* produciría un cambio. Entre los 22 sujetos había diez huérfanos que los profesores y madronas habían señalado como *tartamudos* antes de iniciar el estudio. Tudor y otros cinco estudiantes graduados que aceptaron servir como jueces escucharon hablar a cada uno de los niños, los calificaron en una escala del 1 (pobre) al 5 (fluído), y estuvieron de acuerdo con la evaluación de la escuela. Cinco fueron

¹ Tudor, Mary (1939). *An Experimental Study of the Effect of Evaluative Labeling of Speech Fluency*. University of Iowa. doi:[10.17077/etd.9z9lxfgn](https://doi.org/10.17077/etd.9z9lxfgn).

asignados al **Grupo IA**, el conjunto experimental, y se les dijo que su discurso estaba bien. A los cinco del **Grupo IB**, el grupo de control, se les diría que su habla era "tan mala como la gente dice".

Los 12 niños restantes fueron escogidos al azar de entre la población de huérfanos normalmente fluidos. Seis de ellos fueron asignados al **IIA**. A estos niños, de edades comprendidas entre los 5 y los 15 años, se les debía decir que su habla no era nada normal, que empezaban a tartamudear y que debían corregirlo inmediatamente. Los últimos seis niños del Grupo **IIB**, de edad similar a los del **IIA**, eran hablantes normales que debían ser tratados como tales, y recibir cumplidos por su agradable enunciación.

En la primera visita, Tudor evaluó el coeficiente intelectual de cada niño, e identificó si eran zurdos o diestros. Una teoría popular de la época sostenía que la tartamudez era causada por un desequilibrio cerebral. Si, por ejemplo, una persona nació zurda, pero usaba la mano derecha, sus impulsos nerviosos fallaban, afectando su habla. Johnson no creía en la teoría, pero aún así sugirió que los Tudor probaran la destreza manual de cada niño. Les hizo dibujar en pizarras y apretar la bombilla del dinamómetro. La mayoría eran diestros, pero había niños zurdos en todos los grupos. En este grupo de sujetos no había correlación entre la habilidad manual y el habla. Durante este período, asignaron números a los niños, como el "Caso N° 15 Grupo Experimental IIA".

El período experimental duró desde enero hasta finales de mayo de 1939, y la intervención real consistió en que Tudor condujera a Davenport desde Iowa City cada pocas semanas, y hablara con cada niño durante unos 45 minutos. Seguía un guión establecido. En su tesis, informó que habló con los jóvenes tartamudos a los que se les iba a decir que *no tartamudeaban*. Les dijo, en parte,

"Ya no tartamudearán y podrán hablar mucho mejor de lo que lo hacen ahora... No presten atención a lo que dicen los demás sobre su capacidad de hablar, porque sin duda no se dan cuenta de que esto es sólo una fase".

A los jóvenes que no tartamudeaban en el **IIA**, a los que se les iba a tratar de tartamudos, les dijo:

"El personal ha llegado a la conclusión de que tienes muchos problemas con tu discurso... Tienes muchos de los síntomas de un niño que empieza a tartamudear. Debes tratar de pararte inmediatamente. Utiliza tu fuerza de voluntad... Haz lo que sea para no tartamudear... No hables nunca a menos que puedas hacerlo bien. ¿Ves cómo [el nombre de un niño en la institución que tartamudea severamente] tartamudea, no? Bueno, sin duda comenzó de la misma manera".

Los niños del **IIA** respondieron inmediatamente. Después de su segunda sesión con Norma Jean Pugh, de 5 años, Tudor escribió: "Fue muy difícil conseguir que hablara, aunque el mes pasado hablaba muy libremente".

Otra del grupo, Betty Romp de 9 años, "prácticamente se niega a hablar", escribió un investigador en su evaluación final: "Sostuvo la mano o el brazo sobre los ojos la mayor parte del tiempo".

Hazel Potter, de 15 años, la mayor de su grupo, se volvió "mucho más consciente de sí misma, y hablaba menos", señaló Tudor. Potter también comenzó a interceder y a chasquear los dedos en señal de frustración. Le preguntaron porqué decía tantas veces 'a'. "Porque temo que no pueda decir la siguiente palabra" "¿Por qué chasqueó los dedos?" "Porque tenía miedo de decir 'a'."

Todos los trabajos escolares de los niños decayeron. Uno de los chicos empezó a negarse a recitar en clase. El otro, Clarence Fifer, de once años, empezó a corregirse ansiosamente. "Se detuvo y me dijo que iba a tener problemas con las palabras antes de decirlas", informó Tudor. Le preguntó cómo lo sabía. Dijo que el sonido "no sale. Se siente como si estuviera atascado ahí".

La sexta huérfana, Mary Korlaske, de 12 años, se volvió retraída y díscola. Durante sus sesiones, Tudor preguntó si su mejor amiga sabía de su "tartamudeo", Korlaske murmuró: "No". "¿Por qué no?" Korlaske arrastró los pies. "Casi nunca hablo con ella". Dos años más tarde, se escapó del orfanato y finalmente terminó en la Escuela Industrial para Niñas, escapando al mismo tiempo de sus experimentos con humanos.

La propia María Tudor resultó afectada. Después de que su experimento terminara oficialmente, regresó al orfanato en tres ocasiones para proporcionar voluntariamente cuidados de seguimiento. Le dijo a los niños del **IIA** que después de todo no tartamudeaban. El impacto, aunque bien intencionado, era cuestionable.

Escribió a Johnson sobre los huérfanos en una carta ligeramente defensiva fechada el 22 de abril de 1940,

"*Creo que con el tiempo... se recuperarán, pero ciertamente les causamos una impresión definitiva*".

Críticas

Los resultados del estudio quedaron gratuitamente disponibles en la biblioteca de la Universidad de Iowa, pero Johnson no buscó publicarlos. En 2001 el experimento se convirtió en noticia nacional a raíz de una serie de artículos realizados por un reportero investigador del *San Jose Mercury News*, y se escribió un libro para proporcionar una evaluación científica imparcial. El panel de autores del libro está formado en su mayoría por patólogos del habla, que no llegan a ningún consenso sobre las ramificaciones éticas o las consecuencias científicas del Estudio Monster.

En el capítulo 6 del libro, Richard Schwartz concluye que el experimento Monster

"fue desafortunada la falta de consideración de Tudor y Johnson hacia el posible daño a los niños participantes, y su selección de niños institucionalizados simplemente porque se podía disponer de ellos con facilidad. El engaño y la aparente falta de información tampoco eran justificables".

Unos autores coinciden en afirmar que el experimento de los huérfanos no estaba dentro de los límites éticos de una investigación aceptable. Otros, sin embargo, consideran que las normas éticas en 1939 eran diferentes de las que se utilizan hoy en día. Algunos consideraron que el estudio fue mal diseñado y ejecutado por Tudor, y como resultado los datos no ofrecían ninguna prueba de la hipótesis posterior de Johnson de que "*el tartamudeo comienza, no en la boca del niño sino en el oído de los padres*", es decir, que es el esfuerzo bien intencionado de los padres para ayudar al niño a evitar lo que los padres han calificado de "*tartamudeo*" (pero que de hecho está dentro del rango del habla normal) lo que contribuye a lo que, en última instancia, se convierte en el problema diagnosticado como *tartamudez*.

Compensación

El 17 de agosto de 2007, seis de los niños huérfanos recibieron 925.000 dólares del Estado de Iowa por las cicatrices psicológicas y emocionales de por vida causadas por seis meses de tormento durante el experimento de la Universidad de Iowa. El estudio reveló que, aunque ninguno de los niños tartamudeaba, algunos se volvían cohibidos y reacios a hablar.

Un portavoz de la Universidad de Iowa calificó el experimento de "lamentable", y añadió:

"Este es un estudio que nunca debería ser considerado defendible, en ninguna época. De ninguna manera se me ocurriría defender este estudio. De ninguna manera. Es más que desafortunado".

Antes de su muerte, Mary Tudor expresó su profundo pesar por su papel en el Estudio Monster, y sostuvo que Wendell Johnson debería haber hecho más para revertir los efectos negativos en el habla de los niños huérfanos. A pesar del papel de Wendell Johnson en la creación del Estudio Monster, Tudor todavía sentía que había hecho muchas contribuciones positivas a la investigación de la patología del habla y la tartamudez.

Orígenes de la historia

La demanda fue resultado de un artículo publicado en el *San Jose Mercury News*, en 2001, realizado por un periodista de investigación. El artículo revelaba que varios de los huérfanos tuvieron efectos psicológicos duraderos derivados del experimento. El estado intentó sin éxito que se desestimara la demanda, pero en septiembre de 2005 los jueces del Tribunal Supremo de Iowa acordaron con un tribunal inferior rechazar la reclamación de inmunidad, y la petición de desestimación del estado.

Muchos de los huérfanos testificaron que habían sido perjudicados por el "Estudio Monster", pero aparte de Mary Tudor, que testificó en una declaración bajo juramento, el 19 de noviembre de 2002, no hubo ningún testigo ocular real de los hechos. La avanzada edad de los tres ex huérfanos supervivientes por la parte demandante ayudó a acelerar un acuerdo con el Estado. La oficina del fiscal general de Iowa dijo, en un comunicado de prensa del 17 de agosto de 2007, que el acuerdo de 925.000 dólares era justo y

apropiado, aunque el estado se negó a aceptar responsabilidad por cualquier daño potencial causado a los huérfanos.

"Esperamos y creemos que a los demandantes les ayudará a poner el cierre en relación con experiencias de hace mucho tiempo, y con recuerdos que se remontan a casi 70 años. Para todas las partes, pone fin a un litigio largo, difícil y costoso, que sólo habría supuesto más gastos, y un retraso en la resolución para los demandantes que tienen setenta y ochenta años". (Registro DM Register)

A pesar del acuerdo, el debate sigue siendo polémico sobre el daño que el Estudio de Monstruos causó a los niños huérfanos, si es que lo hubo. Nicholas Johnson, el hijo del difunto Wendell Johnson, ha defendido con vehemencia a su padre. Él y algunos patólogos del habla han argumentado que Wendell Johnson no tenía la intención de dañar a los niños huérfanos, y que ninguno de los huérfanos fue realmente diagnosticado como "tartamudo" al final del experimento.

Otros patólogos del habla han condenado el experimento y han dicho que el habla y el comportamiento de los huérfanos se vio afectado negativamente por el condicionamiento negativo que recibieron.

Las cartas entre Mary Tudor y Wendell Johnson, que fueron escritas poco después de que el experimento terminara, mostraron que el habla de los niños se había deteriorado significativamente. Mary Tudor regresó al orfanato tres veces para tratar de revertir los efectos negativos causados por el experimento, pero lamentó el hecho de que no pudo proporcionar suficiente terapia positiva para revertir los efectos deletérios. (Ética y Huérfanos. San José Mercury News).

Hoy en día, la Asociación Americana del Habla, Lenguaje y Audición prohíbe la experimentación en niños cuando existe una posibilidad significativa de causar consecuencias dañinas duraderas. Sin embargo, puede ser injusto juzgar el estudio por unas normas éticas formales que sólo se crearon más tarde.

Las consecuencias negativas de este estudio parecen 'menores' si se comparan con las violaciones éticas en las investigaciones con sujetos humanos en otros campos, realizadas a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Estos últimos casos, revisados, aprobados, y financiados en las principales instituciones de investigación, a veces provocaron la muerte de los sujetos.

El estudio fue "suprimido" en el sentido de que, según se informó, Wendell Johnson no hizo ningún intento de perseguir la publicación de sus resultados por consejo de sus colegas, que le advirtieron que el experimento podría empañar su carrera. Sin embargo, la tesis fue encuadrada, catalogada y puesta a disposición en la biblioteca de la universidad de manera idéntica a todas las demás tesis de maestría. A menudo fue revisada a lo largo de los años. Se hizo referencia a ella en publicaciones académicas y generales.

Dentro de la profesión de la patología del habla, hasta la fecha no existe una hipótesis única y consensuada de la tartamudez, ya sea en cuanto a su causa o en cuanto a una terapia única y más apropiada. (Esta afirmación es consistente con lo que se atribuye a Patricia Zebrowski, arriba).

(Publicado el domingo 10 de junio de 2001, en el San Jose Mercury News)

Ética y Huérfanos: El "Estudio Monster"

ESPECIAL PARA EL MERCURY NEWS

Norma Jean Pugh, la más joven de los sujetos experimentales, arriba, fue considerada como una inadaptada después de desarrollar tartamudeo. Conocida ahora como Kathryn Meacham, vive como una reclusa.

Hazel Potter, que en 1939 tenía 15 años, arriba, dice que sabía que los huérfanos eran utilizados para la investigación. Su habla empeoró después de que finalizara el experimento del tartamudeo.

Por JIM DYER — Mercury News

La mujer de 84 años respiró más rápido. Miró el nombre del remitente: "Mary Korlaske Nixon Caso No. 15 Grupo Experimental".

— "Oh, Dios mío", dijo. Sacudió la cabeza. Sus manos comenzaron a temblar.

El paquete procedía de Iowa. Muchísimo tiempo atrás, cuando era estudiante de posgrado, había realizado un experimento con niños en un orfanato de allí. El experimento utilizó la presión psicológica para hacer que los niños tartamudeasen. Fue diseñado por su profesor, el Dr. Wendell Johnson, para probar su nueva teoría sobre la causa del tartamudeo. Varios de los niños sufrieron daños duraderos, pero la investigación ayudó a apoyar la teoría, y Johnson se convirtió en uno de los más prominentes patólogos del habla de la nación.

Pero nunca divulgó la investigación. El estudio había terminado justo antes de la Segunda Guerra Mundial, y mientras el mundo se enteraba de los experimentos médicos nazis en sujetos vivos, los asociados del profesor le advirtieron que ocultara su trabajo sobre los huérfanos en lugar de arriesgarse a hacer comparaciones que podrían arruinar su carrera. A los huérfanos no se les dijo lo que se les había hecho.

Mary Tudor pasó medio siglo tratando de olvidar. De vez en cuando recibía la llamada de algún investigador preguntando sobre el experimento. Entonces el año pasado, un reportero llamó y Tudor comenzó a examinar seriamente esa parte de su vida.

Ahora había un paquete, dirigido a ella, dirigido a *El Monstruo*. En la Universidad de Iowa, donde ella había sido estudiante de posgrado, el experimento pasó a llamarse el "Estudio Monster".

Miró de nuevo el nombre del remitente. ¿Mary Korlaske? No podía ubicarla. Había habido tantos huérfanos, 22 niños y niñas, y la mayoría de sus nombres —Norma, Clarence, Hazel, Elizabeth— se habían desvanecido en su mente, al igual que en los cientos de páginas de registros del experimento que había guardado en su casa todos aquellos años.

Lo que había quedado era una profunda ambivalencia sobre el experimento.

"Fue un pequeño precio a pagar por la ciencia", dijo muchas veces, hablando con el periodista. "Mira el incontable número de niños a los que ayudó". Y aun así, no podía olvidar cómo los huérfanos la saludaban en cada visita, corriendo a su coche y ayudándola a llevar los mismos materiales que usó en el experimento.

— "Esa fue la parte lamentable... que conseguí que confiaran en mí y luego les hice esta cosa horrible". dijo.

Llevó el paquete a su comedor y se sentó en la mesa de roble antiguo.

— "Espero que no sea una bomba", dijo.

Sólo un número: mantenerse objetiva

Mary Tudor dice que no recuerda la primera vez que se encontró con Mary Korlaske. Según los cuidadosos registros que ella guardó del experimento, fue el 17 de enero de 1939.

Ese día, Tudor y cinco compañeros patólogos del habla de la Universidad de Iowa habían ido al Hogar de Huérfanos de Soldados de Iowa, en Davenport, una pequeña ciudad a orillas del río Mississippi, para empezar a examinar a los niños como sujetos de un experimento sobre lo que causa la tartamudez. El orfanato, un complejo de 22 casas de campo, una escuela, y un edificio administrativo, albergaba de 500 a 600 niños que el estado consideraba abandonados o dependientes.

A Tudor, una estudiante de posgrado de 23 años, se le había dicho que permaneciera *objetiva e indiferente*, que asignara números de caso a los niños, y que en sus registros se refiriera a ellos sólo por esos números.

"Era una investigación científica, así que se suponía que debía permanecer distante", recordó Tudor.

Mary Korlaske, una niña de 12 años de edad, de cuarto grado, fue uno de los 256 niños examinados para el experimento. Las notas de ese día la siguen a través de la serie inicial de evaluaciones. Primero, leyó en voz alta, mientras los patólogos del habla calificaban su fluidez. Luego se sometió a una batería de pruebas de visión y destreza.

"Ella ansiaba atención". Anotó Tudor.

Luego, según los registros, Tudor introdujo a Mary Korlaske como "Caso No. 15 Grupo Experimental IIA". *Habla normal.*"

Un tormento desconcertante: ¿Qué causa la tartamudez?

La tartamudez, para el uno por cien de nosotros que tartamudea, es mucho más que una molestia o inconveniente. Es una condición que define rápidamente a las personas, tanto para ellas mismas como para los demás. Genera el tormento de los niños y la duda de los adultos. Es incapacitante. Y hasta el día de hoy desconcierta a los expertos que intentan tratarla.

Johnson convirtió en el trabajo de su vida encontrar la causa y la cura para la tartamudez. Cuando en 1926 llegó a la Universidad de Iowa como estudiante, comprendió íntimamente la aflicción. Wendell Johnson era un tartamudo severo. Trajo consigo el apodo de Jack, en honor al boxeador Jack Johnson, por cómo respondía a las burlas de sus compañeros de clase: les daba puñetazos.

Atleta y estudiante estrella, Johnson llegó al campus con dos objetivos: convertirse en escritor y recibir terapia del habla. La universidad era líder en el nuevo campo de la patología del habla. La principal teoría sobre la tartamudez en ese momento era que tenía una causa genética u orgánica.

Johnson se pasó horas en la clínica del habla, a menudo ofreciéndose como sujeto experimental. Finalmente enfocó sus estudios de postgrado en la patología del habla, especialmente la tartamudez.

En la clínica, Johnson fue hipnotizado, psicoanalizado, pinchado con electrodos, y se le dijo que se sentara en agua fría para que le registraran sus temblores. Como Demóstenes, el antiguo tartamudo griego, Johnson se colocaba piedras en la boca. Johnson hizo que le pusieran un yeso en su brazo dominante, el derecho, para ayudar a probar la controvertida teoría de la "dominación cerebral" de su profesor; la idea era que al forzarlo a usar su brazo izquierdo se igualaría el desequilibrio de los hemisferios de su cerebro.

Nada parecía funcionar por mucho tiempo.

En 1936, Johnson escribió en su diario: "Soy una rata blanca profesional". Aun así, Johnson persistió. Conocía íntimamente los efectos dañinos que la tartamudez tenía en el crecimiento emocional y social, y daba conferencias sobre ello, en auditorios repletos, por todo el Medio Oeste. "Los niños que tartamudean a menudo experimentan una caída en las calificaciones, una pérdida de la moral y del respeto por sí mismos, y un aislamiento autoimpuesto", dijo. El miedo, la humillación y el pavor pueden llevar a intentos de suicidio.

"El niño tartamudo es un niño lisiado", escribió.

Registró metódicamente en los diarios su propio progreso, anotando su deleite en los días en que hablaba bien, y su abatimiento cuando recaía. En la vida pública, odiaba la formalidad y disfrutaba contando chistes y recitando poemas graciosos. Descubrió que el humor aliviaba el estrés y reducía su tartamudeo.

En 1936, Johnson comenzó a dudar de la teoría predominante de que la tartamudez era una condición innata, y propuso experimentos para probar su validez, según muestran sus diarios. Dos años más tarde, llegó a un punto de inflexión con una serie de estudios de casos, en los que realizó entrevistas a padres y a sus hijos tartamudos. **Descubrió que cada niño había sido etiquetado como tartamudo a una edad muy temprana.**

"La tartamudez comienza en el oído del que escucha, no en la boca del niño", teorizó.

Todos los niños tienen problemas con su habla cuando son pequeños, a menudo repiten palabras y sílabas. Al llamar la atención sobre su habla, razonó, los padres demasiado entusiastas ponían a sus hijos tan cohibidos y nerviosos que los niños repetirían más palabras. Con el tiempo, los niños se harían tan conscientes de su forma de hablar que no podrían hacerlo sin tartamudear.

Johnson llegó a atribuir los orígenes de su propia tartamudez a una profesora de primer grado que diagnosticó erróneamente sus repeticiones normales como las primeras etapas de la tartamudez. Ella se lo comunicó a los padres de Johnson, quienes lo empezaron a corregir. Desafortunadamente, cuanto más intentaba el niño hablar normalmente, peor era su tartamudez.

"El infortunio lo causa el diagnóstico", dijo Johnson.

Probando una teoría: comienza el estudio

Era un pensamiento revolucionario para su época, un giro de 180 grados con respecto a las teorías establecidas. Sin embargo, en 1938 Johnson estaba convencido de ello. Aplicando los principios de cómo reacciona la gente al lenguaje, comenzó a formular lo que se convertiría en su "teoría diagnosogénica²": Diagnosticar y etiquetar a los niños pequeños como tartamudos, cuando tartamudean, empeorará el problema y los convertirá en tartamudos.

Pero necesitaba pruebas directas, preferiblemente investigaciones realizadas en un ambiente controlado.

Giró 80 km. al este, hacia el Hogar de Huérfanos de Soldados de Iowa, administrado por el estado. La universidad ya había llevado a cabo numerosos proyectos de investigación con huérfanos allí, entre ellos un estudio de décadas de duración para ver si el retraso en el desarrollo sería más común entre los niños que permanecían en el superpoblado y poco estimulante orfanato, que entre los niños colocados en un nuevo preescolar especial.

"Usaron ese orfanato como una colonia de ratas de laboratorio", dijo Franklin Silverman, un profesor de patología del habla de la Universidad de Marquette, que estudió con Johnson en la Universidad de Iowa en la década de 1960.

En el otoño de 1938, Johnson recibió permiso de los funcionarios del orfanato para comenzar su experimento. Luego llamó a Mary Tudor a su oficina.

"¿Has elegido algo para tu tesis de maestría?", Tudor recuerda que le preguntó Johnson.

Tudor recuerda que Johnson esbozó el experimento, y le dijo que la había escogido porque se dio cuenta de que tenía una gran relación con los niños. Ella escuchó atentamente mientras él le explicaba los detalles del experimento.

Tudor trabajaría con dos grupos de niños: uno de tartamudos y otro de hablantes normales. La mitad de los niños de cada grupo serían asignados a un grupo experimental, la otra mitad a un grupo de control. Los niños de los grupos de control serían etiquetados como hablantes normales y recibirían *terapia positiva*. Los niños de los grupos experimentales serían etiquetados como tartamudos y recibirían *terapia negativa*.

Primero debía asegurarse de que los niños de los grupos experimentales supieran lo que era la tartamudez. Luego les advertiría que mostraban signos de tartamudez. Ella los sensibilizaba sistemáticamente a su habla, deteniéndolos y dándoles un sermón cada vez que repetían una palabra.

A Tudor se le dijo que tendría que mentir a los maestros y matronas del orfanato, diciéndoles que estaba allí para hacer 'terapia del habla', para que se convirtieran en participantes *involuntarios* del experimento. Si Tudor etiquetaba a un niño como tartamudo, los maestros y matronas tendrían que *reforzar* esa etiqueta negativa, dijo Johnson.

Tudor estaba emocionada de que Johnson la hubiera elegido. Sabía cuánto peso tendría en su carrera una tesis dirigida por Wendell Johnson. Además, su teoría tenía sentido para ella. Recordó los estudios de casos de niños en la clínica ese verano, y estaba intrigada por la perspectiva de ayudar a su asesor a encontrar la causa, y posiblemente la cura, de la tartamudez.

Pero no esperaba las condiciones deprimentes que encontró cuando llegó al orfanato, ni lo difícil que le resultaría hacer daño a los niños.

Después de revisar el discurso de 256 huérfanos, ella y los demás patólogos del habla seleccionaron 22 sujetos: 10 tartamudos y 12 oradores normales. Emparejaron a los niños basándose en las similitudes de edad, sexo, coeficiente intelectual y fluidez. Luego asignaron al azar uno de cada par al grupo de control y el otro al grupo experimental.



² Aplicada a la tartamudez, una teoría que atribuye el trastorno a un diagnóstico erróneo de la disfluencia normal en un niño pequeño; la ansiedad resultante exacerba la disfluencia y establece la tartamudez como un trastorno.

Con el trazo de su pluma, Tudor separó a sus amigos y hermanos. Colocó a Jane Anne Pugh en un grupo de control y a su hermana menor, Norma Jean Pugh, en uno experimental. Dividió a los hermanos Albertson, Lester y Noah, de la misma manera. Mary Korlaske y su amiga Marion Higdon fueron emparejados; Mary aterrizó en el grupo experimental y Marion se convirtió en su control.

De un plumazo Tudor separó amigos y hermanos. Colocó a Jane Anne Pugh en un grupo de control y a su hermana menor, Norma Jean Pugh, en uno experimental. Dividió a los hermanos Albertson, Lester y Noah, de la misma manera. Mary Korlaske y su amiga Marion Higdon fueron emparejadas; Mary aterrizó en el grupo experimental y Marion se convirtió en su control.

"Allí, de no ser por la gracia de Dios, podría haber sido colocado en un grupo experimental". Dijo Donna Lee Hughes Collings, otra de las huérfanas, 62 años después. *"Podría haber sido mi vida la que fuese destruida."*

Ansiosa por complacer: esperando una nueva madre

Mary Tudor ya no recuerda haber conocido a Mary Korlaske aquel primer y frío día de enero. Mary Korlaske, sin embargo, nunca lo ha olvidado. Fue uno de sus mejores días en el orfanato, recuerda. Pensó que María Tudor podría convertirse en su nueva madre.

Korlaske, de 74 años, estuvo recordando aquellos días en conversaciones mantenidas con un reportero durante los últimos seis meses. Cuando la localizaron los del *Mercury News*, no sabía nada del experimento ni entendía lo que le había ocurrido en el invierno y la primavera de 1939. Ni tampoco Collings ni ninguno de los otros sujetos del experimento que el *Mercury News* consiguió localizar.

Pero muchos de ellos recordaban vívidamente sus años en el orfanato... ninguno más que Mary Korlaske. Ella todavía recuerda lo hermoso que le parecía Tudor... alta y delgada con pelo oscuro y ondulado y unos acogedores ojos marrones. La estudiante de postgrado le recordó a Korlaske a su propia madre.

Mary había estado viviendo en el orfanato durante cinco años. Su madre la envió a ella y a sus dos hermanos mayores lejos, cuando tenía 7 años. La Gran Depresión había devastado la familia de la joven, arrasando Iowa, y llevando a la bancarrota las granjas y negocios de su ciudad natal de Emmettsburg.

Mary dijo que cuando era niña en el orfanato, a menudo pensaba en su último día en casa y trataba de averiguar porqué la enviaron lejos. Ese día había comenzado gloriosamente: Su madre la había llevado al pueblo y le había comprado un bonito bolso de tela impermeabilizada y un pañuelo blanco nuevo. Pero cuando llegaron a casa, su madre la llevó a un coche negro que la esperaba.

— "Estarás a salvo", le dijo a su hija, mientras presionaba en su mano un recuerdo, un dedal de plata. "Estarás bien".

Mientras el coche se alejaba, María apretaba el dedal y miraba a su madre desde la ventanilla trasera. Cinco años más tarde, Mary Korlaske conoció a Tudor. Durante el experimento, se preguntaba si Tudor estaba casada y tenía hijos. Esperaba que Tudor hubiera venido a adoptarla. Recuerda haber esperado impaciente en la escuela a que la llamaran para las sesiones de logopedia, y seguir a Tudor a la sala de pruebas. Para dar una buena impresión, hablaba mucho.

Terapia negativa: Crear ansiedad

Los experimentos tuvieron lugar hace tanto tiempo que las personas involucradas se esfuerzan por recordar los detalles.

Los recuerdos de Tudor son impresionistas³. Recuerda que pasaba las noches en la institución, y que se sentía deprimida al despertar y encontrarse a los niños fregando los suelos y trabajando en la institución. Recuerda haber montado su sala experimental, y haber entrado en la escuela para sacar a los niños uno por uno. Pero guardaba cientos de páginas de las grabaciones del experimento, incluyendo las transcripciones de las sesiones en el dictáfono. Los documentos proporcionan un claro cuadro clínico de cómo fueron utilizados los niños.

3 Expresar las opiniones subjetivas que una determinada experiencia provoca.

La primera sesión experimental se llevó a cabo el **19 de enero de 1939**. Tudor le preguntó a Mary Korlaske si conocía a alguien que tartamudease, y Mary dijo que conocía a una chica llamada Dorothy Ossman. Entonces Mary comenzó a contarle a Tudor una historia con entusiasmo. En medio de ella, Tudor la interrumpió cuando ella hizo una simple repetición, advirtiendo a la niña de 12 años que no sólo empezaba a tartamudear, sino que si no se esforzaba por mejorarlo, tartamudearía tanto como Dorothy.

"Reaccionó a la sugerencia inmediatamente" señaló Tudor en su informe sobre la sesión, "y sus repeticiones en el discurso se hicieron más frecuentes".

Entonces Tudor le dio a María un consejo que dijo que la ayudaría. De hecho, era una terapia *negativa*, diseñada para hacer a la chica más consciente de su habla:

"Antes de decir la palabra respira hondo si crees que vas a tartamudear en ella. Si tartamudeas párate y comienza de nuevo. Pon tu lengua en el paladar. No hables a menos que puedas hablar correctamente. Vigila tu discurso todo el tiempo. Haz lo que sea para no tartamudear".

Tudor observó que María era "muy fácil de influenciar". Captó inmediatamente sus sugerencias, y María se volvió tan consciente de su discurso que en la siguiente sesión ya estaba repitiendo palabras.

Cada una o dos semanas, Tudor volvía para más sesiones. En marzo, las grabaciones del dictáfono de Tudor mostraban que el habla de María se había deteriorado notablemente. La chica tenía problemas particulares con las palabras que comenzaban con "w", o "s", o "r".

En una sesión posterior transcrita, Mary Korlaske había regresado a frases incompletas. Tudor le preguntó a la chica: "¿Cómo va tu tartamudeo, Mary?"

- "La tartamudez se está reduciendo."
- "¿Cómo lo sabes?"
- "Porque me escucho a mí misma hablando."
- "¿Qué es lo que oyes?"
- "Me escucho a mí misma oyendo ah ah... diciendo las palabras dos veces."
- "¿Alguna vez te habías escuchado a ti misma antes?"
- "No, el profesor me ha estado deteniendo y haciéndome repetirlo."

Tudor se alegró de que los profesores reforzaran las etiquetas de *tartamudeo* y la *terapia negativa*. Mary dijo que tenía problemas para leer en clase. Tudor notó que sus interrupciones del habla iban aumentando constantemente durante el período experimental. En el transcurso de cuatro meses se habían más que duplicado.

Los otros niños del grupo experimental de Mary mostraron efectos similares. Norma Jean Pugh, de seis años, una niña de primer grado de cabello castaño claro rizado y ojos azules, hablaba libremente y de forma conectada al principio del experimento. Al final, apenas hablaba. Su habla se volvió espasmódica e indecisa, y durante las sesiones se tapaba la cara y se deslizaba en su silla, según los registros de Tudor. Sabía exactamente cuándo tartamudearía. Durante una sesión, empezó a decir la palabra "rojo" y cambió repentinamente a "rosa" porque "tenía miedo de tartamudear con el 'rojo'", escribió Tudor.

Para la sesión del 24 de abril, su discurso se había desarticulado por completo. Tudor le pidió que contara una historia y, después de mucho persuadirla, Norma finalmente respondió:

"Hay un tarro. Hay un zorro. Lleva un abrigo. Hay un árbol. Una niña pequeña. Y aquí hay algunas flores. Y hay una valla. Tetera. Tazón de flores"

Tartamudeaba con palabras como "mano" y "tengo", y cuando leía "Los tres osos" tartamudeaba con "gachas", aunque meses antes no tenía problemas para leer la historia.

Elizabeth Ostert, de nueve años, y Phillip Spieker, de 12, vieron cómo sus notas caían en picado porque tenían miedo de hablar en clase. "Es casi imposible conseguir que el niño hable en una situación que no sea un juego". Tudor escribió.

Otros niños del orfanato comenzaron a burlarse de Clarence Fifer, un niño regordete de 11 años, por su habla, que Tudor escribió que durante el experimento había pasado de normal a "espasmódica" y

trabajosa". Los chicos en el patio de recreo lo notaron.

- "En realidad se rieron", le dijo a Tudor durante una sesión grabada.
- "¿Y entonces tú qué hiciste?"
- "Me marché."
- "¿Te molesta mucho eso?"
- "Sí, me siento muy mal"

Hazel Potter, una muchacha muy delgada, de 15 años, mostraba efectos más graves.

"Durante el período experimental desarrolló manierismos característicos de algunos tartamudos, como chasquear los dedos para decir una palabra... y ocasionalmente presentaba el fenómeno de escribir la misma palabra dos o tres veces en sus composiciones", escribió Tudor.

Al llegar la primavera, el experimento se había vuelto emocional y físicamente agotador para Tudor. Le había resultado difícil mantener el desapego científico que su consejero le recomendara. En muchas de las entradas de sus registros, se refería a los niños por su nombre, sólo posteriormente tachaba los nombres y los reemplazaba por 'números de caso'.

Después de cada sesión, abandonaba el orfanato más desilusionada por el efecto que el experimento estaba teniendo en los niños. Recuerda haber entregado sus resultados a Johnson, y haber esperado que él detuviera la investigación. Pero él parecía estar más entusiasmado después de cada sesión.

"No me gustaba lo que le estaba haciendo a esos niños", recordó Tudor. *"Era una cosa dura y terrible. Hoy, probablemente lo habría desafiado. En aquel entonces hacías lo que te decían. Era una tarea que se me había encomendado. Y la hice."*

El 24 de mayo de 1939, Johnson condujo hasta el orfanato con Tudor y el grupo de patólogos del habla para ver de primera mano las pruebas finales de los 22 huérfanos. En los grupos experimentales, sometidos a una terapia negativa, el habla se había deteriorado en cinco de los seis hablantes normales, y en tres de los cinco tartamudos. En los grupos de control, sólo un niño siguió sufriendo interrupciones del habla después de finalizar el experimento.

Tudor no recuerda haber hablado con Johnson sobre el experimento después de la sesión final. Sólo recuerda las largas horas posteriores, transcribiendo las grabaciones del dictáfono y contando y registrando cada irregularidad del habla de los niños.

Al final del verano su tesis de 256 páginas estaba terminada. El experimento había finalizado. Pasó a trabajar como terapeuta del habla en el noreste de Wisconsin, a un día de camino del Hogar de Huérfanos de los Soldados de Iowa. Pero los huérfanos se quedaron, y los maestros y matronas continuaron lo que les habían dicho que era una 'terapia' para ayudar a los niños con forma de hablar.

"Cuando salí de aquel orfanato, el experimento había terminado para mí", comentó ella. *"Aparentemente, para aquellos niños no había terminado"*.

En el paquete: Una acusación

Seis décadas más tarde, María Tudor sigue obsesionada por haber convertido a los niños en tartamudos y luego haberlos dejado que se las apañasen solos.

"No puedo recordar las caras de los huérfanos, pero puedo ver el orfanato y donde pasé la noche. Si haces un estudio como ése, nunca lo olvidas". Dijo Tudor.

El inesperado paquete de Mary Korlaske que llegó en marzo aportó a los borrosos recuerdos de Tudor un doloroso foco. Tudor abrió lentamente el envoltorio. Dentro había una carta y otro paquete... pequeños y de forma curiosa, fuertemente encuadrados en papel de seda y cinta adhesiva médica blanca. Tiró de la gruesa cinta, pero no pudo romper las ataduras. En su lugar, abrió el sobre y sacó una carta de tres páginas, arrugada y doblada formando un pequeño cuadrado.

La escritura era desordenada y a veces incoherente. Había muchos errores de ortografía. Pero el mensaje era claro.

"Destruiste mi vida", decía la carta. "Podría haber sido científica, arqueóloga o incluso presidente. En lugar de eso me convertí en una lamentable tartamuda. Los niños se burlaban de mí, mis notas bajaban, me sentía estúpida. En mi edad adulta, hasta el día de hoy todavía sigo queriendo evitar a la gente".

Los ojos marrones de Tudor se llenaron de lágrimas. Sus manos temblaban. Miró fijamente el pequeño paquete, aún sin abrir en la mesa del comedor.